

La Escuela de vacaciones de la Liga Socialista Esperantista de Austria

Se ha inaugurado el curso con una velada pública, a la que concurre un gran número de los trabajadores socialistas vieneses que estudian con fervor el Esperanto y aun son expertísimos en el conocimiento de esta lengua auxiliar internacional, tales como el profesor Simón, prestigioso y antiguo militante del Socialismo austriaco y catedrático en la Escuela Superior de Comercio de Viena, que es al mismo tiempo personalidad conocidísima dentro del movimiento esperantista por haber asistido a la mayor parte de los Congresos Internacionales.

La fiesta se celebra en un salón artística y sobriamente decorado, desde cuyas ventanas se admira un parque de prodigiosa belleza y el panorama soberbio de la ciudad de Viena, en la que se advierten más chimeneas de fábricas que torres de iglesias, aunque, a decir verdad, éstas no escasean.

El camarada profesor Simón, presidente de la Liga Socialista Esperantista Austriaca, preside el acto, y pronuncia un breve discurso—se usa como único idioma el Esperanto—dando la bienvenida a los delegados de las diversas regiones del país, y con toda gentileza y efusiva simpatía al camarada español que ha de convivir durante dos semanas con los socialistas austriacos.

(Es curioso hacer notar que la gravedad, el estiramiento germánico, no lo he visto en Austria por ninguna parte. Desde el primer momento los trabajadores manuales, dis-

cípulos en esta Escuela, y los universitarios, que explicarán los cursos, charlamos cual si fuéramos antiguos camaradas, y la broma cordial y la risa tranca proclaman a cada momento la bondad, la sagacidad y la elegancia espiritual de estos camaradas.)

Hablan después otros profesores, entre ellos el inspector de enseñanza, camarada Leopoldo Scheuch; el compañero doctor Emilio Pfeffer, jurisconsulto, de nacionalidad polaca, muy joven y elocuente orador, y en todos ellos vibra una nota de simpatía y gentileza hacia España, que agradecí profundamente, expresando mi sentimiento en breves palabras.

Una parte del programa de la fiesta es altamente sugestiva. Una joven y linda camarada y un compañero regalan nuestro espíritu interpretando al piano, a cuatro manos, un selecto programa, compuesto por obras de Beethoven, Wágner, Mozart y otros maestros en el divino arte. Los himnos socialistas, de inspirada melodía —que todavía, por desgracia, no conocemos en España—, se cantan por todos los concurrentes, hombres, mujeres y niños, en Esperanto, lengua del porvenir, en tanto que por encima del parque de Schonbrunn cruzan varios aeroplanos que escoltan al de los aviadores americanos Chamberlin y Lavine, que en aquel momento llegan a Viena desde Berlín. Los himnos de la Humanidad futura socialista se confunden con los hurras, bravos y aplausos que se tri-

butan como saludo a los dominadores del aire.

El resumen de la velada lo hace con frase precisa y elocuente el joven tipógrafo socialista camarada Francisco Jonas, antiguo amigo de los socialistas españoles Juan Gracia, Jansoro y Francisco Azorín.

Nos retiramos satisfechos a descansar, después de haber gustado la grata emoción de que un madrileño chamberlero haya podido entenderse fácilmente con tantos camaradas de raza germánica.

La plena actividad de la Escuela ha comenzado al día siguiente. La mansión en que vivimos es señorial, verdaderamente regia. Pero nuestra vida es diáfana y sencilla, cual corresponde a proletarios que militan en las avanzadas socialistas.

El sol nos despierta muy mañanero, generalmente a las cinco—en Austria no rige la hora de verano—, y casi desnudos hacemos un rato de gimnasia; nos lavamos y bañamos inmediatamente; tomamos el primer desayuno, que consiste en un par de tazas de riquísimo café, con dos panecillos, y a las siete de la mañana, o media hora después, ya hecha la cama y la limpieza de calzado y ropas por cada uno, comienzan las clases, que se prolongan hasta mediodía, si bien a las diez pasamos de nuevo al comedor para tomar un apetitoso y cada día variado refrigerio. La comida y la cena la hacemos en un restaurante próximo que pertenece a la

Unión de Cooperativas Socialistas.

Por la tarde no hay lecciones teóricas, sino conferencias, visitas a instituciones socialistas y excursiones a los bellos alrededores de la ciudad. En las clases rige el sistema pedagógico de seminario, consistente en que, además de la explicación del profesor, todo alumno está obligado a explicar un punto del programa de la asignatura y a escuchar la crítica que de su labor hagan los demás compañeros, en tanto que el profesor se sienta en los bancos como un alumno más, tomando notas para hacer después las observaciones pertinentes.

Excepto las seis horas escasas que permanecemos en la cama, las restantes del día son insuficientes para realizar el trabajo que figura en el programa de la Escuela y para visitar una parte mínima de cuanto en Viena hay digno de conocimiento y estudio.

En tanto, el pueblo pasea satisfecho y alegre por esos parques frondosísimos, superabundantes de flores, estanques y monumentos, dichoso porque hayan pasado los tiempos en que Austria era imperio y reservaba estos palacios magníficos para la corte imperial, que ha pasado ya a la Historia y es ahora un recuerdo de tiempos que difícilmente volverán.

El pueblo se siente ya dueño de estos palacios sin centinelas, y sabe cuidar amorosamente de todo cuanto es artístico, bello y rico patrimonio colectivo. Hay libertad para jugar, para gozar con los sentidos. Pero a nadie se le ocurre tirar un papel al suelo ni una cejilla, que tienen recipiente adecuado en las papeleras metálicas colo-

cadas por él Municipio en todas partes.

Viena es una ciudad socialista, delicada y espiritual, en que se ama sobre todo las flores, la música, los niños y los pájaros. La libertad inspirada en el respeto a los que conviven con nosotros, a fin de que la vida sea lo más agradable posible para todos.

Cayetano REDONDO